Tolkien, la voz de un padre

> Lamento mucho que te sientas deprimido. Espero que se deba en parte a tu indisposición. Pero me temo que se debe principalmente al trabajo, y también a que es una enfermedad universal (sea cual sea el trabajo que uno haga) que afecta a las personas de tu edad. *J. R. R. Tolkien al hijo Michael, 1 noviembre 1963*

Estas palabras, escritas por el genio del Señor de los Anillos, es el comienzo de una carta privada en la que habla un padre y no el famoso escritor. En respuesta a su hijo Michael que, a la edad de 40 años, insinuó un momento de crisis personal e incluso espiritual, Tolkien respondió con una carta verdaderamente paterna, en el sentido de que también lo sentimos padre también nosotros que leemos sus palabras 60 años después.

Es siempre peligroso, y a menudo incorrecto, deslizarse en las cartas privadas de un escritor. Si se hace es movido por el deseo de conocerlo más y comprender su trabajo más profundamente. Pero este no es el caso. Hay un abismo entre la persona y el autor. Chesterton y Lewis, para permanecer en un contexto adyacente a Tolkien, aconsejaron no leer las biografías de los escritores. Ambos fueron claros al decir que el hombre rara vez está a la altura de las cosas que escribe, de hecho, es a menudo y voluntariamente malo en comparación con sus obras. Porque la verdadera escritura no es una expresión egocéntrica, sino una voz que se abre a un diálogo íntimo con algo que excede. Dante admitió, en el XXIV del Purgatorio, que escribir significaba tomar notas del Amor.

Especifico este paso, para evitar un descuido. En resumen: no comentaría sobre el Señor de los Anillos usando la biografía de Tolkien, pero podemos inspirarnos en su vida privada si como hombre, y este es el caso, es un padre en la fe.

Y el tema en el que se sumerge para ayudar a su hijo en un momento de depresión

y crisis espiritual es uno de esos siempre ásperos: la iglesia muestra signos y poses que no están a la altura de Cristo.

El escándalo de la Iglesia

Siempre es difícil aceptarlo y dar cuenta a los demás. Me refiero a ese tipo de preguntas: «¿Cómo crees en Dios después de saber sobre los sacerdotes pedófilos?» Los miembros de la Iglesia son una sombra débil y a veces sucia de ese Dios encarnado a quien traicionan y aman. Y es un misterio sobre el que Jesús jugó de antemano, erigiendo a Pedro como una roca, justo después de sus traiciones reincidentes durante la Pasión.

Entrar en crisis ante los escándalos de la iglesia es una experiencia muy común, que Tolkien transforma en una oportunidad de prueba para ayudar a su hijo Michael a discernir el verdadero punto doloroso, detrás de lo que se muestra como una acusación contra la iglesia.

> No se puede conservar una religión sin una iglesia y los ministros de Dios […]. El vino precioso en este mundo debe tener una botella que lo contenga, o al menos algo que valga menos. *J.R.R. Tolkien, ibid.*

La verdad es algo simple. La botella de champán nunca será tan preciosa como el champán. Y el recipiente debe tener características humildes, justamente para mantener bien el néctar dentro. La Iglesia vale menos que Cristo (es decir, está a su servicio). ¿Y quién es la Iglesia? ¿Los feligreses odiosos, los sacerdotes pedófilos, los pecadores que predican? La iglesia soy ante todo yo. Si usáramos esto como la prueba de fuego, entonces sería muy evidente que «yo soy menos que Cristo». Lejos de ser solo un motivo de escándalo, esta mirada de humildad es también una fuente de gratitud. Se nos confía el champán, a pesar de que somos una botella de vidrio reciclada.

La discriminación de la mirada es indicada por Tolkien con una frase deslumbrante.

> Una parte de la verdad siempre está oculta, en lugares inalcanzables por el cinismo.

Si observamos la realidad a través de la lente abstracta de los cínicos, es decir, de aquellos que se basan en la lógica del dedo que apunta a los demás, la perspectiva estará desprovista de lo esencial. Si la lupa sobre el mundo parte de la observación de la propia miseria personal, entraremos en áreas audaces de acogida.

> Nuestro amor puede enfriarse y nuestra voluntad puede debilitarse por el espectáculo de los defectos, de la locura e incluso de los pecados de la Iglesia y de sus ministros, pero no creo que aquellos que una vez tuvieron fe la pierdan por estas razones (y menos aún uno que posee conocimiento histórico). El «escándalo» a lo sumo es una oportunidad de tentación. *J.R.R. Tolkien, ibid*

La tentación de no creer siempre está dentro de nosotros

De la acusación a la iglesia pasamos a la tentación que habita dentro de nosotros. Es un gran salto de conciencia. Es nuestra alma en el banco de pruebas, no la conducta de los demás.

> La tentación de «no creer» (que en realidad significa el rechazo de Nuestro Señor y de Sus peticiones) siempre está dentro de nosotros. Una parte de nosotros anhela encontrar una excusa fuera de nosotros para rendirse. He sufrido dolorosamente en mi vida a causa de sacerdotes estúpidos, cansados, ignorantes o incluso malos; pero ahora me conozco lo suficientemente bien como para saber que no dejaré la Iglesia (lo que para mí significaría dejar el pacto con Nuestro Señor) por ninguna de estas razones: lo dejaría si no creyera, y no creería incluso si conociera a algún sacerdote sabio y santo. *J.R.R. Tolkien, ibid.*

Un padre lo reconoce. Y aquí nadie más que Tolkien es padre en sacar a su hijo (y a nosotros) del pantano que impide la libertad de un alma. El padre alienta dando testimonio. Y la invitación es clara: pon al centro de todo tu relación con Cristo, si algo tiene que entrar en crisis es eso, no utilices la pantalla de la excusa sobre la Iglesia que es imperfecta.

Toma la Comunión en un ambiente que sacuda tus sentimientos

Falta una última pieza esencial. La iglesia no ha abandonado la escena, Tolkien no está sugiriendo a su hijo Michael que vaya contra el mediador y el testimonio entre el cielo y la tierra. Muchos estarían dispuestos a creer en Dios, pateando a todos sus ministros. Creer en un Todopoderoso que pasa a través de la voz de criaturas cojeando es un bocado difícil de tragar.

A decir verdad no es un bocado, es gimnasia. Cualquier persona que practique un deporte a nivel competitivo está obligada a realizar un reconocimiento médico que también incluye la llamada prueba de esfuerzo. Nunca lo hice, he asistido a la de

mis hijos. El médico monitorea la actividad cardíaca sometiendo al atleta a un esfuerzo que aumenta de intensidad.

También vale para los atletas de Cristo. La iglesia es, no sólo, sino también, nuestra bendita prueba bajo estrés. Para alcanzarlo verdaderamente, Cristo nos plantó en medio de una comunidad humana. Hecha no de gente agradable, no de cinturones negros de virtud, sino de nuestros semejantes... es decir, voces tartamudas y corazones debilitados por tropiezos de todo tipo. Aquí está el ejercicio delirante que Tolkien sugiere a su hijo Michael:

> El único remedio contra la vacilación y el debilitamiento de la fe es la Comunión. [...]. La frecuencia garantiza el máximo efecto. Siete veces a la semana es más efectivo que siete veces después de largos intervalos. También recomiendo este ejercicio (¡ay! es demasiado fácil encontrar una manera de practicarlo): haz tu Comunión en un ambiente que sacuda tus sentimientos. Elige un sacerdote que murmura y se levanta con la nariz alzada o un fraile orgulloso y vulgar; y una iglesia llena de la multitud burguesa habitual, niños groseros... jóvenes sucios con camisas desabrochadas, mujeres en pantalones y a menudo con el cabello suelto y sin velo. Ve a la Comunión con ellos (y ora por ellos). *J.R.R. Tolkien, ibid.*

La tentación de darle la espalda a Cristo o reducirlo a un placebo hecho a nuestra imagen es esta inmersión total en Su presencia en la iglesia real. Mirando al otro, el que despierta nuestra irritabilidad, amargura, aburrimiento, ira... nos estamos mirando en el espejo. La iglesia testifica que Dios no rechazó mis partes impresentables. Y rezar por el feligrés molesto no es un acto de caridad y altruismo, es decir gracias y regocijarse en la misericordia de Dios que no ha rechazado mis limitaciones y errores hacia él.

> En cuanto a mí, parece que me vuelvo menos cínico en lugar de más cínico, recordando mis pecados y locuras; y me doy cuenta de que los corazones de los hombres a menudo no son tan malos como sus acciones, y muy rara vez tan malos como sus palabras. *J.R.R. Tolkien, ibid.*